



## ¿Qué puede la literatura? Sociocrítica literaria y crítica del discurso social<sup>1</sup>

Marc Angenot<sup>2</sup>

### ¿Qué sabe y qué puede la literatura?

Habría que retomar –aunque planteándola de otra forma– la sempiterna pregunta por el ser y la especificidad de la literatura. No “¿qué es la literatura?” sino más bien *¿qué hace* –y por eso– *qué puede* la literatura? Desde los decadentes y simbolistas de 1880 hasta nuestros días, conocemos la amable respuesta de los estetas a esta pregunta: la literatura nada hace, la literatura nada puede (a Dios gracias), y además, como dice el verso de Edmond Rostand –que se repite en el comentario literario actual con paráfrasis posmodernas–: “es aún más bello(a) puesto que es inútil”.

Y bien, ¿qué hace la literatura? ¿sobre qué y por qué trabaja? y, en última instancia, haciendo esto: ¿qué sabe? ¿qué sabe que no se sabría tan bien y mejor en otra parte?<sup>3</sup> ¿conoce algo a la manera de otros sectores sociales de producción del lenguaje, aunque de un modo específico, con instrumentos cognitivos propios como, por ejemplo, ese conocimiento gráfico (*Bildhaftigkeit*) que la distinguía, según Georg Lukács, del conocimiento científico, colocándola sin embargo en pie de igualdad y volviéndola en cierto modo complementaria de aquél?

Abordar tales interrogantes no es lo mismo que plantear esta otra pregunta que parece estar emparentada: “¿Para qué sirve la literatura?”, pues no está dicho a priori que este conocimiento, si hay un conocimiento literario, sea práctica o positivamente *utilizable* ni recuperable al servicio de lo que sea. Mal que le pese a Rostand y a su *Aguilucho* tales determinaciones negativas no serían sinónimos de “inútil”.

Una de las preguntas fundamentales de una sociocrítica de los textos –en la medida en que ésta interroga el trabajo de puesta en texto rechazando el esteticismo “formal” y el nihilismo, que no cesan de reaparecer en el discurso crítico contemporáneo– se pregunta constantemente ¿qué sabe la literatura? –qué sabe que no se sabría en otra parte, en los campos discursivos públicos o esotéricos–.

### Un conocimiento de segundo grado

<sup>1</sup> Este ensayo apareció en la obra colectiva *La Politique du texte, enjeux sociocritiques pour Claude Duchet*. Lille: Presses Universitaires de Lille, 1992, pp. 10-27.

<sup>2</sup> Traducción del francés por Alba Delia Fede con autorización del autor. El texto ha sido difundido en forma inédita como cuaderno de la cátedra de Didáctica Especial y Práctica Docente desde abril de 2014. Será reproducido en breve en la sección “Artículos” de la página web del profesor Angenot <http://marcangenot.com/>

<sup>3</sup> Retomo y desarrollo aquí ciertas proposiciones formuladas en otra parte, en un artículo teórico en colaboración con Régine Robin (1985). Se verán asimismo numerosos desarrollos teóricos en mi reciente libro, *Mille huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social* (1989).

Mi reflexión personal –tanto como entiendo el planteo sociocrítico y sus hipótesis– me conducen a modificar y a desviar de entrada la pregunta que acabo de formular: “¿qué sabe la literatura?” no se refiere jamás a un conocimiento propio y de *primer grado*: la pregunta se especifica, pues, de la siguiente forma: qué sabe la literatura *acerca de las maneras como los otros sectores discursivos “conocen” el mundo y legitiman sus conocimientos*. A lo que se agrega de inmediato un problema correlativo que considera la “forma” literaria como el medio de una determinada práctica: cómo lo que designamos como “desvíos” estilísticos y “juegos formales”, como “cacografía intencional”, disfunciones meditadas y buscadas y “subversión” del texto literario tiene alguna relación con el trabajo particular que opera el texto *sobre* el discurso social, es decir, con ese *carácter social* del texto que no puede ser una simple retranscripción inalterada de lo que dice el discurso social, como tampoco la forma literaria del texto es un dispositivo *aséptico* (algunas doctrinas estéticas han podido y pueden imputar al trabajo de la forma este carácter fetichista, debiendo ser el texto preservado en su “pureza” del vil contacto con los lenguajes utilitarios y bárbaros).

Una reflexión semejante se inscribe en la lógica fundamental de la investigación sociocrítica. El principal objeto que interrogan los análisis de un Claude Duchet es lo que él llama la *puesta en texto*, es decir, la manera específica en que el texto novelado se hace cargo del discurso social. La sociocrítica de Duchet ha meticulosamente procurado pensar la *sociogénesis del texto* como dispositivo de absorción selectiva de fragmentos del discurso social, y como desvío productivo, como “trabajo del texto” sobre este “fuera-del-texto” del que Claude Duchet no ha cesado de recordar que es a la vez un afuera y un adentro,<sup>4</sup> que el texto es radicalmente permeable al discurso social, que este último permanece presente en aquél “como su sombra” (Duchet: 1, 83), como en un palimpsesto, aunque hubiese sido abundantemente raspado y reescrito.

Pero Duchet ha insistido igualmente sobre el hecho de que el “collage” polifónico del texto, con las sugerencias inmanentes de exégesis que comporta, de entrada es cualitativa y pragmáticamente diferente, incluso en los escritos literarios más comunes, menos trabajados.

La sociocrítica pretende sostener los dos extremos de un dilema o paradoja. Por una parte, el texto literario está inmerso en el discurso social, las condiciones mismas de legibilidad jamás le son inmanentes –y esto lo priva aparentemente de autonomía–. Sin embargo, la atención sociocrítica está consagrada a poner de relieve lo que constituye la particularidad del texto como tal, a poner en evidencia los procedimientos de transformación del discurso en texto. Extraído del discurso social, producido según “códigos” sociales, el texto puede ciertamente vehiculizar la opinión, lo aceptable, los prejuicios, pero puede también transgredir, desplazar, confrontar irónicamente, exceder la aceptabilidad establecida. En el primer caso, el texto se asegura una legibilidad inmediata, pero no es sino un componente de la producción de opinión. De ese mismo modo, está también determinado a volverse a corto plazo “ilegible”, inverosímil a medida que la connivencia con la *doxa* que expresaba y lo expresaba se esfuma o se rompe brutalmente (como lo atestigua de manera ejemplar el caso del realismo socialista estudiado no hace mucho por Régine Robin (1986). En cambio, los textos que alteran y desplazan la opinión

<sup>4</sup> “Lo que el texto supone, en él y antes que él, para ser recibido por su lector como el ‘ya-ahí’ del mundo en el que se recorta el espacio novelesco...” (Duchet: 316)

hegemónica son los que registran ambigüedad –lo que los vuelve difícilmente legibles en lo inmediato pero les asegura “otra” legibilidad potencia, más o menos durable–.<sup>5</sup>

Inspirándome tanto en Mijaíl Bajtín como en las investigaciones sociocríticas se me ocurrió que la literatura conoce en segundo grado, que llega siempre *después* a un universo social que ella percibe saturado de palabras, debates, roles lingüísticos y retóricos, ideologías y doctrinas que tienen, todos, la pretensión inmanente de *servir para algo*, de dar a conocer y guiar a los humanos confiriendo sentido (significado y dirección) a sus actos en el mundo.

El ser de la literatura, entonces, está en el trabajo que realiza *sobre* el discurso social y no en ofrecer a su manera –además del periodismo, la filosofía, la propaganda, las doctrinas y la ciencia– procesos verbales sobre el “mundo” o sobre el “alma”. Tenemos que concebir a la literatura como un *suplemento* del discurso social, su momento es un después, lo que puede hacer de ella, en efecto, un aguafiestas.

La tesis arriba expuesta excluye a priori, según mi opinión, todo correlato intemporal y esencialista que atribuyera a la ficción, a la producción estética, una función y una eficacia permanentes –de ironía, de subversión, de carnavalización, de deconstrucción– que harían de coartada perpetua de los discursos de esquematización asertiva del mundo, de identidad y de poder.

Si algunos textos pueden ser declarados “literarios” en la perspectiva y con los criterios formulados más arriba, no lo será por características transhistóricas inmanentes sino por diversas *particularidades* del trabajo que hacen, que fueron capaces de hacer sobre un estado determinado del discurso social con sus dominantes hegemónicas y su división del trabajo, su topografía y sus dispositivos intertextuales específicos. Dicho de otro modo, el efecto “literatura” sólo puede ser juzgado y medido en *relación* con el sistema discursivo global en el cual se engendra.

La particularidad de la literatura y sus posibilidades están en relación con la coyuntura socio-discursiva. La literatura sólo puede hacer algo y conocer manipulando el discurso social en un momento dado bajo la presión de lo que las imposiciones, las disgregaciones, también las resistencias del discurso social vuelven *posible*, por vía directa e indirecta; y el literato corre el riesgo –en todo momento y como cualquier hijo de vecino– de dejarse llevar por señuelos sugestivos, por simulacros de lo *inaudito* que comúnmente saturan el mercado cultural moderno.

La *heteronomía* y la heteroglosia no pueden ser aprehendidas por una intuición local, por el mero examen de lo que se urde en el sector de la literatura canónica. La heteronomía no es una cualidad intemporal de algunas obras clasificadas para siempre como disidentes o subversivas sino que debe aprehenderse en la economía global del discurso social de un tiempo determinado. No puede ser una suerte de *valor transhistórico*. Hablar de “Otro” lenguaje, de la invención de un desvío productivo, de la puesta en lenguaje de aporías profundas, de todo lo que nos parece constitutivo de los “grandes textos”, sigue siendo a cada momento improbable y (parece) muy lejos de estar al alcance de la mano del simple “talento”; el texto literario casi no está en posición conquistadora, en el fondo sólo opera una ruptura significativa bajo la presión de ocurrida la imposibilidad de decir, de la afasia y de la asfixia. La textualización creadora con frecuencia no se realiza sino en esas crisis donde la literatura –o bien alguna de sus formas instituidas, uno de sus

---

<sup>5</sup> Retomo aquí consideraciones ya desarrolladas en un pequeño estudio de Robin y Angenot, *la Sociologie de la littérature, un historique* (1991).

“géneros”– no puede persistir en su ser sin que además se ofrezca una salida evidente. Particularmente en el siglo XX, no son las fórmulas aparentemente (re)novadoras las que se rebelan sino –cada vez más con el correr del siglo– la posibilidad de conquistar un espacio de lenguaje justo, de hacerse escuchar entre el barullo del discurso social y en la mercantilización de los descubrimientos formales. Esta posibilidad se vuelve hoy más tenue, improbable.

### **Crítica del discurso social**

Me parece que las propuestas anteriores acarrearán una serie de consecuencias heurísticas. El estudio del texto literario no tiene interés y no es –hablando con propiedad– posible más que si este texto no está aislado de entrada, si no ha sido recortado de la red sociodiscursiva en la cual y sobre la cual trabaja.

A partir de estas consideraciones creé un programa de investigación que requiere un gran rodeo. El estudio del hecho literario como labor interdiscursiva requiere justamente, en mi opinión, de una teoría y una crítica histórica del discurso social. De la misma manera que los árboles ocultan el bosque, este discurso social del presente o del pasado en relación con el que la literatura se posiciona no podría corresponderse con la intuición que tiene “el hombre de cultura”. Es necesario hacer el análisis de este discurso social y practicar la hermenéutica para poder regresar a hablar posteriormente de literatura. En la medida en que los métodos de los estudios literarios de la antigua retórica sobre nuevas narratologías y semióticas se aplican muy bien al discurso social en su conjunto, la tarea que tengo en perspectiva no es extraña a los comportamientos y a los medios de la crítica de las Letras.<sup>6</sup>

Antes, pues, de interrogar a la literatura es necesario querer considerar verdaderamente el inmenso rumor de lo que se dice y se escribe en una sociedad –desde la propaganda política hasta las sentencias judiciales, desde la música de comerciales a los textos eruditos o filosóficos, del eslogan publicitario a las homilias y discursos rituales, desde la conversación de mostrador a los debates en coloquios universitarios–. Porque lo que se dice no es jamás aleatorio ni “inocente”; porque una rencilla doméstica tiene sus “reglas” y sus roles, sus tópicos, su retórica, su pragmática, y porque estas reglas no son las de un mandamiento episcopal, de un editorial político o de la profesión de fe de un candidato a diputado. Tales reglas no derivan del código lingüístico como tal.<sup>7</sup> Ellas forman un objeto particular, plenamente autónomo, esencial para el estudio del hombre en sociedad y de la cultura.<sup>8</sup> Este objeto, fundamentalmente sociológico y luego histórico, es la manera

<sup>6</sup> Esta tarea no “se impone” y no me propongo imponerla a nadie, pero es un programa que a mi modo de ver se origina hace veinte años o más, en el que se ha desarrollado una reflexión sociocrítica.

<sup>7</sup> El análisis del discurso social es, de alguna forma, antagonista de la concepción lingüística de “la lengua” como sistema cuyas funciones sociales deben ser neutralizadas y escotomizadas. El análisis del discurso trabaja directamente sobre la división del trabajo simbólico y, según su andar, no hay “hablantes” socialmente abstractos que hablarían “francés”, por ejemplo, con variantes heurísticamente despreciables. Hay personas que –en determinadas pragmáticas– hablan en plan instrucción episcopal, homilía, noticia de prensa amarilla, propaganda sindical, riña de taberna, consulta de médico clínico, etc.

<sup>8</sup> La mayoría de los investigadores de nuestra Era de la sospecha parecen estar completamente de acuerdo sobre el hecho de que los discursos sociales, las “cosas dichas” no son jamás neutros o inocentes, que (la frase) “La Marquesa salió a las cinco” no es menos *ideológica* que “Francia para los franceses”; no existe enunciado (ni símbolo, ni ornamento, ni gestos socialmente regulados, etc.) del que no se pueda demostrar lo arbitrario cultural y que no se pueda relacionar *ipso facto* con posturas e intereses, con valores que no podrían

en que las sociedades se conocen hablándose y escribiéndose, en que el hombre en sociedad se narra y se argumenta. Este objeto es una ciencia del discurso social global. Esta ciencia no tiene que desdeñar el estudio de la “función estética”, desprendida en su relatividad cultural por un Mukarovsky. Simplemente no tiene que volverla un fetiche aislándola y volviéndola “aséptica” de entrada.<sup>9</sup>

El objeto de estudio que, en su relativa autonomía cultural, forma una entidad propia y un sistema global de interacción es el discurso social por entero, en la complejidad de su topología, de su división del trabajo, y es en el marco de un análisis y de una teoría del discurso social que se podrán aislar ciertos escritos que a veces pertenecen al “campo literario”, cuyo trabajo de intertextualidad aparecerá como revelador, interesante, innovador, significativo, por motivos contingentes al orden global de los discursos que prevalecen en un momento dado, a los efectos de ocultamiento y obturación que revelan contradictoriamente las anáforas, las discordancias, las paradojas inscriptas en el texto sometido a examen.

Los discursos sociales no están yuxtapuestos los unos a los otros en “géneros” y sectores independientes, tampoco son aleatorios y contingentes a momentos de comunicación. Forman, en un estado de sociedad, un sistema compuesto interactivo en el que operan fuertes tendencias hegemónicas y donde se regulan migraciones. Es al discurso social en la complejidad cacofónica de sus lenguajes, de sus esquemas, cognitivos, de sus migraciones temáticas, que primero se aplican las metodologías de los estudios literarios, –“despojadas” de lo que tienen de fetichista y de formalista– y no es sino en el discurso social global que pueden reconciliarse –con un cierto grado de objetivación y capacidad de demostración– las tres etapas tradicionales de la descripción, la interpretación y la evaluación de los textos, de las obras, de los géneros y los discursos que coexisten e interfieren en una determinada cultura.

### **El texto literario y su trabajo en el discurso social**

El texto literario registra el discurso social y lo trabaja. Pero *el* texto literario –lo reitero– resulta una pura entelequia: el trabajo a operar sobre los discursos sociales no es una tarea transhistórica que tenga en sí mismo, este trabajo es siempre problemático y sus estrategias son múltiples, reguladoras, y en una misma sociedad divergentes en cuanto a sus medios y funciones. *Visto desde las Letras*, el discurso social aparece como un dispositivo problematológico, hecho de señuelos, de enigmas, de dilemas y cuestionamientos. Si los

---

trascender la sociedad o el grupo que los *reconoce*, y de allí, que no se pueda denunciar como funcionando con miras a la imposición de “poderes”.

<sup>9</sup> Hemos podido quejarnos de la abundancia de reflexión sobre los hechos del lenguaje desde hace treinta años. Falta mucho, sin embargo, para que todos los investigadores en las letras y las ciencias del hombre sean sensibles a la particularidad y a la materialidad del hecho *discurso*. A su carácter literalmente “ineludible” para el que pretende pensar lo social y lo histórico. Se puede decir que muchos recorren todavía los intercambios de palabra o las páginas escritas sobre los que trabajan para encontrar allí sobre todo “informaciones”, datos sobre el mundo empírico, sobre el mundo *acerca de lo que esto habla* y sin percibir bien que el texto examinado (o la grabación) está tejido con términos, expresiones, maneras de decir, jergas y estilos, estrategias para convencer o para narrar que no brotan de sí mismos, que no son de ninguna manera universales ni naturales, que son propios de la institución, de la cultura, de la identidad social o socio-sexual de la que el locutor o el suscriptor son, en un momento dado, los *portavoces*. Muchos no perciben en estas “maneras de decir”, entonces, un orden de hechos sociohistóricos propio, del que las supuestas “informaciones” y los supuestos “datos” son, por otra parte, inseparables.

textos, literarios o no, se refieren a lo *real*, esta referencia opera en la mediación de los lenguajes y discursos que en una determinada sociedad “conocen” diferencialmente –e incluso de manera antagónica– lo real, del que no puedo decir nada con anterioridad a las diversas maneras como se lo conoce.<sup>10</sup>

Sin una teoría y una práctica de análisis del discurso social –lo que es mucho más y otra cosa que la intuición que se tiene– casi no es posible abordar el dominio de las Letras de buenas a primeras sin caer en el a priori, la intuición descontrolada, la imputación a las características formales del objeto funciones interdiscursivas del texto. Lo que falta hoy, pues, en gran medida –más allá de las construcciones elitistas de la historia de las ideas y de las interpretaciones mecanicistas de la crítica denominada “ideológica”– es una teoría y una historia del discurso social.

Trazando este programa de un análisis del discurso social previo a una crítica interdiscursiva de los textos no pretendo –es necesario decirlo– “desclasificar” la literatura, ni sugiero abordar un conjunto de textos poéticos con la misma mirada de un libro de cocina. Pero espero destruir fetiches. “Desfetichizar” la literatura, preguntarle: ¿que es lo que podés cuando trabajás el discurso social? ¿qué es lo que expresás que no se dice mejor en otra parte? ¿qué es lo que alentás y por ventura? ¿qué es lo que descalificás o lográs problematizar en las representaciones sociales? Aproximación intertextual e interdiscursiva generalizada por la que el pensamiento de Mijaíl Bajtín –quizá interpretado de manera infiel a la letra de lo escritos del gran pensador soviético– ha sido notablemente determinante. Solamente protestarán delante de este proyecto de integración y de confrontación aquellos para los que el texto literario, “puro” y “autotélico”, no debe ser sino el pretexto para glosas infinitas que sirven de coartada, de sueño común de escapar al peso social.

El trabajo de la literatura como práctica que viene a reconducir y a reproducir, a desarticular y recomponer –aunque desconectados de su razón de ser funcional– los discursos sociales, puede ser, en efecto, en una enumeración somera, de naturaleza muy diversa en sus objetivos y sus resultados: contribuir a la producción social de lo sublime, establecer o fortalecer un aparato de conmemoración y de legitimación de edificación y de enseñanza (en la medida en que lo que los modernos denominan literatura conserva cuasi–funciones remanentes, legados de sus usos antiguos) o bien práctica lúdica e irónica, organización polifónica, empresa deliberada de opacamiento, *neología* en el sentido radical del término, es decir, tentativa de puesta en lenguaje de los indecibles sociales, etc.

### **Una práctica discursiva que viene después de todas las otras**

La literatura no se opone a las múltiples actividades discursivas que se dividen el trabajo en la topografía cultural, ya que en su rincón o en su “torre de marfil” se abandonaría a la vana y gratuita tarea de deconstruir sentido y sería la única gloriosamente privada de finalidad práctica y de *telos*. Pero justamente no está sola en un rincón, ni “fuera del siglo” tanto se trate de una novela realista o modernista como de poesía cubista y surrealista: *la literatura es ese discurso que, presente en el mundo, llega a tomar la palabra y a trabajar con “las palabras de la tribu” después de que los otros discursos hayan dicho lo que tenían para*

<sup>10</sup> Ver mi artículo con Régine Robin, “L’Inscription du discours social” (1985).

*decir, sobre todo los discursos de certeza e identidad*; ella es quien parece tener el poder de escucharlos, de repercutir sus ecos y de plantearles cuestionamientos al confrontarlos.

Con sólo el hecho de llegar *después*, no va a remendar positivities cívicas, agregar funcionalidad práctica, certeza imperativa, porque –justamente– hay en abundancia en el resto del discurso social, –certitudes que están todas en antagonismo declarado o larvado las unas respecto de las otras, y tejidas de contradicciones. El texto de la novela moderna, por ejemplo, es entonces un dispositivo de collage, de efectos dialógicos, de ambigüación semántica, de polisemia y de polifonía, no por alguna manía formal o por alguna sumisión a una Estética trascendente sino precisamente porque –incluso en la más chata o en la más intrincada novela “de tesis”– no hace sino *reflejar o registrar* el rumor cacofónico del discurso social global con sus voces discordantes, sus legitimidades indecibles, sus ecos y sus parodias, y oye, en efecto, porque se ha colocado *a justa distancia*, las diferentes tematizaciones concurrentes de las *mismas* cosas, lo que se murmura y lo que hace estruendo; percibe y transcribe los deslizamientos de sentido de un lenguaje a otro, las antinomias, las aporías de las explicaciones globales, las incoherencias constitutivas de esas doctrinas que hacen adeptos y mártires.

La ambigüedad, la polisemia, la no–teleología, la no–finalidad, los saltos subrepticios, los dobles sentidos y las figuras ocultas, las estratificaciones de significados potenciales: no son después de todo rasgos distintivos de la literatura, son los rasgos fundamentales *pero no puestos al día ni reconocidos como tales* del discurso social global, es decir, del producto global de las diferentes maneras en que una sociedad y sus “voceros” se esfuerzan por conocer el mundo y fijarlo en lenguajes, argumentos y relatos.

La literatura no sabe hacer sino esto: llevar al segundo grado esta CACOFONÍA INTERDISCURSIVA llena de giros y de deslizamientos de sentido y de aporías más o menos hábilmente obstruidas. No puede sino *manifestar* lo que se disimula bajo la *lógica* aparente del discurso social, es decir, la incapacidad ontológica en la que está de conocer lo real histórico de manera estable y coherente, sin enfrentamientos irreductibles entre las “visones del mundo” que la habitan, sin “vicios ocultos” en los sistemas y en las explicaciones, y sin incurrir continuamente en la *desventura de lo real*.

La literatura es, en efecto, “polisémica”, y desprovista de conclusión y advertencia semántica, no *por contraste* con lo de afuera, con la no literatura –que sería monosémicamente y “consensualmente” capaz de conocer un mundo inteligible y transparente– sino precisamente porque *refleja* en sinécdoque ya no “lo real” –como hace poco dijimos– sino el discurso social en su confusa agitación y su incapacidad esencial de jamás poder conocer esa realidad cuyo enigma, decididamente, no se resuelve.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Para aclarar esta problemática y las tesis aquí esbozadas se puede hacer referencia a diversos trabajos y publicaciones anteriores; dos libros, *Le Cru et le Faisandé: Sexe, discours social et littérature à la Belle Époque* (1986b), *Mille huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social* (1989e), y un cierto número de artículos y contribuciones a libros colectivos: “Pré-supposé / topos / idéologème”, in Jacques Pelletier (1984b) –aparecido primero en el número *Le Lieu commun d' Études françaises* (1978)–, “Littérature et discours social: la fonction interdiscursive des textes littéraires, hypothèses de recherche” (1989c), “Le Drame de Meyerling: production narrative, acceptabilité et discours social” (1988a), “Le Champ littéraire et le discours social en 1889” (1986a), “L'histoire en coupe synchronique” (1989b), “Roman et idéologie: *Les Mystères de Paris*” (1972), “Intertextualité/interdiscursivité/discours social” (1983), “Bakhtine, sa critique de Saussure et la recherche contemporaine” (1984a), “L'Inscription du discours social dans le texte littéraire” (Robin y Angenot 1985), “Rhétorique du discours social” (1988c), “Pour une théorie du discours social” (1988b), “Hégémonie, dissidence et contre-discours” (1989f), “La Fiction, l'oubli et la trace: la généalogie du roman entre l'épigraphe funéraire et la parodie de Plutarque” (1989a), “Frontières des études littéraires, science de la

Mientras reflexionaba sobre y con *Bouvard y Pécuchet*, Claude Duchet escribía: “verdaderamente no podemos pensar la historia sino a través de lo imaginario”. De lo que infiero que los múltiples discursos públicos y eruditos que piensan y enuncian la Historia como positividad narrable e inteligible –fuente de enseñanzas y *exempla* morales, despliegue teleológico, interpelación movilizadora y cívica– no la *piensan* verdaderamente; también que la ficción que la piensa o la no-piensa como barullo de explicaciones exclusivas y aparentes, como oscura última ironía, a su manera tiene *razón*, es decir que hay una razón literario-ficcional que irónicamente viene a ocupar el trono del Pensamiento después de la caída de la razón cívica y erudita.

En el fondo es bien simple: si creyéramos que los discursos que hablan asertivamente del mundo lo conocieron adecuadamente o tenían el potencial de hacerlo en las mejores condiciones, la literatura sería, en efecto, muy “inútil”. Pero la literatura no conoce el mundo mejor de lo que logran hacerlo los otros discursos; solamente conoce o más bien *muestra* que los discursos que pretenden conocerla y el género humano que humilde o gloriosamente se esfuerza en ello no la conoce realmente.<sup>12</sup>

Sólo en este caso, planteando este tipo de hipótesis, nos encontramos con derecho a afirmar que la literatura sirve, de hecho, para algo. Ella dice, con frecuencia logra decir: “esto no se sostiene”, “no es todo lo que se podía decir”, “sobre todo es eso”, “There are more things on Heaven and Earth...”, “se pueden ver las cosas de otra forma”, “No es necesariamente así”<sup>13</sup>... En esto no es ni muy fortalecedora ni constructiva –así como lo han sospechado todos los doctrinarios y hombres de Estado que desde el Renacimiento hasta nuestros días han buscado poner la literatura al servicio de algo–. Pero se puede hacer algo “útil” y cumplir una función cognitiva específica en y por un trabajo de confrontación intertextual y de opacamiento que evidentemente sería medianamente negativo y odiosamente vano *si* el discurso social estuviera por otro lado lleno de claridades definitivas, de enseñanzas irrevocables, de sobrias y pertinentes identidades, de visiones del mundo confirmadas y fortalecidas, o incluso si verdaderamente ofreciera de vez en cuando tales claridades existenciales.

No es, pues, la literatura *en sí misma* –en una singularidad que sería muy gratuita en un mundo coherente e inteligible– la que es opaca, criptosémica, de sentido ambiguo y evanescente: *es el discurso social, el discurso del mundo* que incansablemente transcribe, tal como lo hacen Bouvard y Pécuchet al final de la novela de Flaubert, que en efecto es –a pesar de las evidencias superficiales de las grandes hegemonías y las legitimidades– una “historia llena de ruido y de furor” y que *en su advertencia* no significa nada.

Las mismas grandes ideologías-doctrinas, que parecen formar los sectores más “sólidos” del discurso social y cuya sistematicidad se opone muy claramente a la textualidad literaria, son *bricolajes* sobre el “ya está ahí” ideológico que labran de nuevo

---

littérature, science des discours” (1990). Ver asimismo los volúmenes colectivos en francés e inglés, “Social Discourse: A New Paradigm for Cultural Studies” (Angenot y Robin 1987; 1988).

<sup>12</sup> A la pregunta “¿Qué sabe la literatura?” para la que intento aportar respuestas hipotéticas, se agrega esta pregunta más provocativa: por qué la crítica literaria parece, en muchas de sus tendencias, organizada para no saberlo –ya sea que hace un fetiche del texto “puro”, ya sea que hipnotiza sobre la “fôdôrma” (Brid’oison [NT: personaje de *Las bodas de Figaro* de Beaumarchais]), ya sea que exige de las letras que se pongan “al servicio” de ideas verdaderas o de programas cívicos... En esos extremos por defecto o por exceso, siempre es lo que puede o sabe la literatura (y de hecho no lo puede todo) lo que es negado, borrado, sobre –o sub–estimado.

<sup>13</sup> Si la primera cita es de *Hamlet*, la segunda viene de la ópera de George e Ida Gershwin *Porgy and Bess*.

olvidando sus “fuentes” y, siendo bricolajes –en un sentido radical del término, es decir, *arreglos ad hoc de “cosas” seleccionadas bajo mandato y que no estaban hechas para funcionar juntas*–, bricolajes enredados en tradiciones que no logramos liquidar con un revés de la mano, son forzadas a “recomponerlas” conservando lo esencial. Estas ideologías no sabrían en este caso ser perfectamente adecuadas a funciones sincrónicas de preservación de los poderes establecidos, o de disimulo de intereses sociales. Son *tramas de aporías* conforme a su voluntad de *conocer* globalmente y movilizan al género humano dando sentido (*significado y dirección*) a un universo social e histórico que se oculta constantemente a la coherencia plena, a la claridad axiológica de imperativos dominables y a la univocidad. Las grandes ideologías no son “sistemas”<sup>14</sup> o no lo son sino por la apariencia de su retórica de auto-legitimación; son, forzosamente, collages heterogéneos cuya retórica superficial otra vez se esfuerza de ordinario por ocultar las costuras y las uniones; las ideologías, finalmente, no tienen ni “lógica ni rigor *propios*”; son producciones sectoriales de ese conjunto sincrónico, lleno de enfrentamientos, de “agitación” y de reparaciones subrepticias que podemos llamar el *discurso social total*. Ciertamente aislables a fines del análisis, los grandes conjuntos ideológicos son fatalmente *heterónomos* e interdiscursivos; las ideologías no son “sistemas” en la medida en que –me parece– aparecen siempre al análisis como *nudos gordianos* de contradicciones y aporías, más o menos hábilmente disimulados. Las antinomias y las aporías de las que hablo no son insuficiencias contingentes con las que ciertas ideologías se verían gravadas sino el resultado fatal de toda búsqueda de coherencia axiológica y de toda voluntad de interpretación colectiva y movilizadora del mundo.

Las ideologías no son sistemas, en fin, en el sentido de que son *espacios de enfrentamiento* para variantes doctrinales antagónicas, tendencias y sectas, luchas internas de ortodoxias cuya misma confrontación produce la destrucción recíproca de lógicas y argumentaciones de unos y otros. Desde que se desarrolla, una ideología suscita no solamente oposiciones y resistencias exteriores sino, en el mismo campo que instituye desarrollándose, *heterodoxias inmanentes* que corroen la lógica, e incluso muy a menudo disidencias contiguas que en nombre de los mismos principios “sagrados” oponen una construcción argumentativa y narrativa que casi resulta lo contrario de la versión dominante en el campo. Me parece que esta hipótesis vale tanto para las ideologías religiosas como para las ideologías políticas o cívico-militantes...

Buena parte de la literatura modernista llega entonces justamente a hacer ver esto: que el rey está desnudo, que las grandes explicaciones tanto como las pequeñas coartadas son bricolajes llenos de antinomias y que no resisten el golpe. La literatura, pues, no es ciertamente una “disciplina”, ni un *campo* del sistema cultural, (auto-)provisto de una suerte de mandato sectorial, de naturaleza diferente pero análoga en el principio a lo que pudo ser el positivismo en las ciencias. No es más que un cierto (e incierto) trabajo posterior sobre el discurso social y que extrae sus características del hecho de *venir después de que todo haya sido dicho*. Incluso por esta razón hay algo de la literatura cuando los dispositivos hegemónicos usados dejan ver su trama, que se han vuelto obsoletos, a menudo odiosos, sucesiva y retrospectivamente reconocidos como quiméricamente inadecuados y falaces.

<sup>14</sup> Para evocar aquí una definición de Louis Althusser en 1968, abundantemente adoptada como propia y glosada en la época.

Este trabajo de la literatura jamás consiste en *demostrar lo falso*, tampoco en otorgar razón, sino en atraer la atención sobre la “extrañeza”, la multiplicación de sentidos, las inconsecuencias, las contradicciones disimuladas. La literatura no es *crítica*, jamás hace trabajo crítico: es decir que no corrige, no reemplaza los propósitos volterianos y progresistas de Monsieur Homais por propósitos más verdaderos y o más adecuados a lo “real”, los muestra en su “extrañeza”, los desfamiliariza, pero sin pretender poseer instrumentos de conocimiento que pudiera oponerles.

Quizá me equivoque en lo que dije más arriba acerca de la ausencia de mandato metódico de las letras: la literatura moderna –por un ya largo período después de mediados del siglo XIX al menos– se reconocería en un mandato, tendría una cuasi-ideología propia de la práctica literaria, pero conservaría un escepticismo cognitivo radical –de cualquier manera que se lo considere, sin duda el término “escepticismo” puede desagradar– escepticismo en cuanto a la capacidad de los lenguajes sociales y de su propio trabajo con el lenguaje para conocer positivamente y hacerse oír, escepticismo en cuanto a la posibilidad para lo “real”, el mundo, la historia, de ser conocidos de alguna manera que sea irrefutable.

Al menos, si no es así, si no sucede como lo sugiero, entonces *no hay literatura*, no hay sino gente de la pluma que cuenta más o menos vanas biografías ficticias, ponen términos e imágenes a sus estados de ánimo, “observan” la vida de salón y meditan, actividades análogas a las de los que narran con énfasis el reinado de un monarca o hacen el elogio de una política y convencen de sus beneficios presentes o futuros, pero actividades que *al mismo nivel que aquéllas* serían evidentemente un poco vanas y de menor consecuencia. En esta contra hipótesis sería necesario desear que la literatura se pusiera al servicio de las buenas doctrinas, lo que le conferiría alguna utilidad por poder.

### Literatura ideal típica y literatura empírica

Es evidente que al plantear esta tesis le hemos dado al término “literatura” un sentido axiológico a priori, hemos construido el ideal-tipo de un potencial cognitivo que, en la realidad empírica, raramente –excepcionalmente dirían algunos– se realiza.

En efecto, la literatura, como masa de textos y en tanto campo de producción sociológicamente circunscripto y objetivable, ha producido en primer lugar y masivamente en todas las etapas de la modernidad de los siglos XIX y XX una simple reconducción estilizada y gráfica de los tópicos dominantes, del “arreglo” de fórmulas culturalmente útiles, de la reiteración más o menos espiritual de lo ya dicho, y de la propaganda por el orden social, que prevalece a menudo camuflado bajo las apariencias falaces de la creatividad y la originalidad.

Introduciría aquí la noción de *bufón* para describir el status de ambigüedad funcional del trabajo literario moderno como desviación y subversión *toleradas, ostentosas* derroches del lenguaje, ironía protegida por los Poderes. Para que un texto salido de ese campo literario escape a ese status ambiguo de semi-externidad funcional, le hace falta rechazar ese grado de semi-legitimidad con que la literatura (incluso en sus “vanguardias”, del romanticismo hasta nuestros días) se beneficia con una *tolerancia condicional magnánima* y que hace de ella, a pesar de las apariencias, la cómplice eficaz de las hegemonías, de la *doxa* y de los discursos canónicos y oficiales.

El texto literario es siempre en un cierto grado parte adherente del orden hegemónico. A despecho de la irrupción de algunos “logotetas” de la palabra *inaudita*, la emergencia, montada en la cabeza de alguien, de un lenguaje nuevo es cosa más que improbable. Si miramos de cerca, no hay ruptura estética, tampoco ruptura epistemológica bien localizadas, francas e irreversibles. Por la naturaleza de las cosas, de entropía de las culturas, todo trabajo de ruptura produce primero deslizamientos de sentido mal percibidos, erosiones de paradigmas, efectos mal señalados, balbuceos cognitivos o estéticos. La innovación cultural es manifiesta e inmediatamente reconocida *porque* es ilusoria, porque asombra todo siendo muy inteligible, es decir, preparada sutilmente en el mercado de las ideas y de la cultura. O bien la innovación es torpe y parcial –torpe: entiendo que va tanteando para franquearse el camino en la red socio-discursiva– para dar el tono de *otro* lenguaje que lo heterodoxo y lo heterónimo no se formulan sino al precio de mucha ceguera ante el potencial de la nueva lógica y apoyándose muy frecuentemente sobre preconceptos, normas admitidas del ya-ahí.

El trabajo estético consiste en parte en resolver el conflicto interno engendrado por la coexistencia de lo común, de lo convencional y de lo inaudito. Los cambios de lenguaje y de forma no se operan puntualmente. Con frecuencia resultan de una crisis, de una desorganización de un paño del sistema discursivo que constriñe, por ejemplo, a un género literario a abandonar lo “adquirido” sin primero ofrecer ninguna escapatoria, ninguna fórmula nueva ya lista. A lo largo de esta crisis en la que muchos tendrán de entrada recursos para operaciones de reciclaje de fórmulas obsoletas y préstamos en los sectores vecinos para la “recomposición”, quizá un nuevo lenguaje va a abrirse camino y salir a la superficie. Tales hipótesis son al menos sugestivas en tanto se oponen a los mitos de innovación creadora y ruptura sorprendente que colman tanto la historia de la literatura como la de la filosofía.

Incluso aquí apelaríamos gustosos al análisis de Claude Duchet, sobre todo el que ha hecho de *La piel de zapa*, porque permite ver que el texto literario no es, por alguna virtud esencial, a la vez autónomo y soberanamente prohibido frente a las presiones de la hegemonía discursiva insidiosa respecto de la cual *opera*, pero en la que también se encuentra integralmente inmerso. “El enunciado social critica y corroe el enunciado novelesco” –escribe Duchet (92)–. Una *crítica* literaria (que no hablara solamente de obras mediocres o de éxitos circunstanciales) debería mostrar cómo la textualización literaria está primera y fatalmente “al servicio del discurso social”. De sus mitos, de sus preconceptos, de sus lenguajes y de sus axiologías, y además que por una tarea ciega que el texto disuelve o ironiza, subsisten numerosos pasajes donde el texto más nuevo reconduce la *doxa*, vuelve a tejer las tramas de evidencia aparentes y juega con esas “paradojas” que se mueven como lugares comunes. A una buena parte de los fragmentos de intrepidez y valentía de las obras modernas se les podría aplicar el verso de Corbière “Veía demasiado, y ver es una ceguera”<sup>15</sup>.

Los textos literarios –en el sentido corriente e instituido de este término– conciernen a la dimensión estética porque tienen la potencialidad de ser “otros”, en otra parte, en exceso respecto de sus decires, y porque tienen, *además*, la función de repetir, de ilustrar, de relevar el ya-ahí que recogen de la producción social.

Entonces, *el* texto literario, como esencia, no existe. Los que se pueden orientar ocasionalmente en un estado de cultura son ciertos escritos, –clasificados como literarios o

<sup>15</sup> *Les Amours jaunes*.

no— que sacuden la entropía de ideas aceptadas o le alcanzan un espejo deformante. También ciertos textos que buscan brindar un lenguaje a esas “cosas” que los discursos canónicos no verbalizan siguiendo el principio profundamente social de que lo que no se dice, no existe. Evidentemente, esos textos interesan no solamente al crítico de literatura sino también al sociólogo y al historiador, si el hecho discursivo debe en efecto analizarse a la vez como repetición, redundancia, compulsión de repetir lo ya dicho, como pre-juicio y des-conocimiento, y como inestabilidad, deslizamientos subrepticios, ironización, emergencia de otras lógicas, emergencia (para trasponer a Ernst Bloch) del *noch-nicht-Gesagtes*, de lo todavía-no-dicho. Lo esencial para una hermenéutica cultural consiste en no confundir estas novedades y rupturas auténticas con lo que ofrece en todo momento y en abundancia el mercado trivial de la Novedad cultural (y literaria), con sus señuelos, sus “retoques”, sus ostentosas revoluciones y sus efectos de moda, su “guiño” conformista o anti-conformista, sus dispositivos de hostilidad y su “feria americana” de la identidad étnica, social, sexual, que tanto se vende en estos tiempos.

Al desarrollar su reflexión teórica, la sociocrítica ha contribuido a rechazar una suerte de paradigma sociológico simplista, según el cual habría en lo social algo del orden de la reproducción, de la imposición simbólica, de lo legible, de la institución entrópica y *literariamente* fuera de lo social (y entonces fuera de toda consideración objetiva de análisis) de *lo nuevo*, de lo imaginario, de lo utópico, de lo creativo... Pues lo social (y entonces el objeto de la reflexión socio-lógica e historio-gráfica) es también lo “instituyente”, lo “nuevo”, lo “imaginante” (por oposición a lo gráfico), el sueño, lo imaginario, lo innovador, lo sagrado; es lo que emerge tanto como lo que resiste; lo que se aparta tanto como lo que adhiere y persiste, imponiéndose; lo que adviene tanto como lo que perdura; la interpretación tanto como el dogma; y la palabra liberadora opuesta a la palabra autoritaria.

## Referencias bibliográficas

- Angenot, M. (1990), “Frontières des études littéraires, science de la littérature, science des discours”, *Horizons philosophiques*, no 1: 23-34.
- \_\_\_\_\_ (1989a), “La Fiction, l'oubli et la trace: la généalogie du roman entre l'épigraphie funéraire et la parodie de Plutarque”, dans *Rethinking the Subject in Discourse*, actes du colloque des 18-20 mars 1988, edités par Robert F. Barsky. *Discours social/ Social Discourse*, vol. II, 1-2: 143-150.
- \_\_\_\_\_ (1989b), “L'histoire en coupe synchronique” in Clément Moisan (dir.) *Histoire littéraire: théories, méthodes, pratique*. Québec: Presses de l'Université Laval, 57-76.
- \_\_\_\_\_ (1989c), “Littérature et discours social: la fonction interdiscursive des textes littéraires, hypothèses de recherche” in Mario J. Valdès (dir.) *Toward a Theory of Comparative Literature. Selected Papers presented in the Division of Theory of Literature at the XIth International Comparative Literature Association Congress (Paris, August 1985)*. New York: Peter Lang, 99-107.
- \_\_\_\_\_ (1989d), *Mille huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social*. Montréal / Longueuil: Éditions du Préambule. Collection “L'Univers des discours”.
- \_\_\_\_\_ (1989e), *Mille huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social*. Montréal/Longueuil: Éditions du Préambule. Collection “L'Univers des discours”.

- \_\_\_\_\_ (1989f), “Hégémonie, dissidence et contre-discours” en *Dire l'hétérogène, dossier* sous la direction de Walter Moser et Régine Robin. *Études littéraires* (Québec), vol. XXII, nE 2: 11-24.
- \_\_\_\_\_ (1988a), “Le Drame de Meyerling: production narrative, acceptabilité et discours social” in Walter Moser et François Latraverse (dirs.) *Vienne au tournant du siècle*. Montréal: Hurtubise/Brèches & Paris, Albin-Michel, pp. 67-90.
- \_\_\_\_\_ (1988b), “Pour une théorie du discours social” en *Médiations du social*, numéro presentado por Claude Duchet. *Littérature* (70): 82-98.
- \_\_\_\_\_ (1988c), “Rhétorique du discours social” en *Rhétorique et littérature*, (obra)conjunta dirigido dirigida por Michel Meyer, *Langue française*. Paris: Larousse, (79): 24-36.
- \_\_\_\_\_ (1986a), “Le Champ littéraire et le discours social en 1889” in Albert Halsall (dir.) *Text and Ideology*. Ottawa: TadaC, 33-54.
- \_\_\_\_\_ (1986b), *Le Cru et le Faisandé: Sexe, discours social et littérature à la Belle Époque*. Bruxelles: Labor. Collection “Archives du future”.
- \_\_\_\_\_ (1984a), “Bakhtine, sa critique de Saussure et la recherche contemporaine” dans *Bakhtine, mode d'emploi*, numéro présenté par André Belleau. *Études françaises*, 20, 1: juillet, 7-19.
- \_\_\_\_\_ (1984b), “Présumé/ topos/ idéologème” in Jacques Pelletier (dir.) *Le social et le littéraire: anthologie*. Montréal: Cahiers d'études littéraires, 265-282.
- \_\_\_\_\_ (1983), “Intertextualité/interdiscursivité/discours social” in *Intertextualité. Texte. Revue de critique et de théorie littéraires* (Toronto: Trintexte), 2: 101-12.
- \_\_\_\_\_ (1978), “Idéologie/ Collage/ Dialogisme” in *Collages* (Collectif du GROUPE MU, Jacques Dubois et al.). Paris, UGE, “10/18”, serie “Revue d'esthétique”, nE 3-4, 340-51.
- \_\_\_\_\_ (1972), “Roman et idéologie: *Les Mystères de Paris*”, *Revue des langues vivantes* (Liège), 4: 1972, 392- 410.
- Angenot, M. y Robin, R. (1991), *La Sociologie de la littérature, un historique*, Montréal, CIADEST.
- \_\_\_\_\_ (eds.) (1988), “Social Discourse: A New Paradigm for Cultural Studies”, *Sociocriticism* (Pittsburgh & Montpellier) n°7.
- \_\_\_\_\_ (eds.) (1987), “Social Discourse: A New Paradigm for Cultural Studies”, *Sociocriticism* (Pittsburgh & Montpellier) n°6.
- \_\_\_\_\_ (1985), “L'Inscription du discours social dans le texte littéraire” en *Theories and Perspectives*, número dirigido por Edmond Cros. *Sociocriticism* (Pittsburgh PA et Montpellier: CERS), vol. I, julio, 1, 53-82.
- Robin, R. (1986), *Le Réalisme socialiste, une esthétique impossible*. Paris: Payot.